

IMPRIMIR

**ANTROPOLOGÍA,
LA CIENCIA DEL HOMBRE**

MARGARET MEAD

Editado por
elaleph.com

© 2000 – Copyright www.elaleph.com
Todos los Derechos Reservados

1

LA ANTROPOLOGÍA ENTRE LAS CIENCIAS

Me considero afortunada de poder hablar en 1960, en el comienzo de un período dentro del cual, ciertamente, la antropología en su aspecto teórico estará más activa y será más útil para el país y el mundo que lo que fue en la década pasada.

La muerte, durante este año, de Alfred Kroeber y Clyde Kluckhohn ha puesto agudamente ante mi conciencia, y creo también ante la conciencia de muchos antropólogos, la especial necesidad que tenemos de conservar a quienes nunca permiten que su activa fidelidad a su propia disciplina los absorba y los aisle de la comunidad de los científicos y estudiosos. Los antropólogos se hallan mejor dotados que los integrantes de la mayoría de otras disciplinas para contribuir activamente al progreso del pensamiento ordenado, si bien estamos sujetos también a formas particulares de inclinaciones rutinarias que nos aíslan. Parece oportuno que consideremos estas aptitudes esenciales que nos unen y a veces nos separan de la comunidad intelectual más amplia, en este año en el que hemos perdido los últimos de aquellos que siempre deben destacarse como gigantes porque ellos representaban- al crecer dentro de la disciplina- con mayor autoridad la antropología que los más jóvenes.

En 1932, me hallaba sentada en la cumbre de una colina de una aldea de Nueva Guinea- en la que permanecí siete largos meses- mientras leía una carta que describía la posibilidad de que una importante fundación pudiera otorgar dos millones de dólares como fondo para un proyecto de exploración de cinco años a fin de investigar las culturas mundiales primitivas sobrevivientes no estudiadas. Aquí, desde cierto punto de vista, se trataba de un sueño que se tornaba verdadero; Franz Boas y Radcliffe-Brown habían formulado cada uno planes tras planes para los institutos que emprenderían la exploración de regiones enteras sistemáticamente, cada sector de búsqueda de un investigador vincula-

do íntimamente con el del otro. Sería cumplida, pues, la responsabilidad principal de los antropólogos de rescatar, registrar y publicar la información sobre estas culturas y pueblos que desaparecerían. Pero en tanto permanecía sentada allí, con la pequeña aldea rodeada por la niebla que no desaparecería hasta dentro de una hora, de modo que sólo una ocasional hoja de papaya se destacaba contra los muros de impenetrable blanco, advertí rápida y agudamente que nosotros éramos muy pocos. No había suficientes antropólogos adiestrados en el mundo para gastar ese dinero pronta, sabiamente y bien. O deberíamos enviar estudiantes inmaduros aún no adiestrados hacia el terreno con tareas enormemente pesadas para sus jóvenes hombros- como Radcliffe-Brown mandó a Hogbin a Rennel Island porque la ocasión se presentó y nadie más podía ir- o los pocos que nosotros éramos tendríamos que empezar a trabajar con frenético desprecio sobre cuándo y cómo algo sería publicado, llenando nuestros cuadernos de apuntes con indescifrables notas que otros colegas escudriñarían sin provecho años después que nosotros hubiéramos muerto. Varias muertes sobre el terreno estaban muy cercanas en esos días: Deacon murió en las Nuevas Hébridas (y Camila Wedgwood apresuraba en esos momentos su vida tratando de terminar su incompleto trabajo); Sullivan murió en 1925 de tuberculosis; Haeblerlin falleció de diabetes antes de haber comenzado su tarea.

Nosotros éramos “pocos, muy pocos”, yo repetía, y bajo el agudo acicate de la preocupación me preguntaba qué otra salida se ofrecía. ¿Sería posible pedir a cada una de las disciplinas (esa palabra “disciplina” no se había inventado aún en su presente uso) que estudiaban el comportamiento humano- sociología, economía, psicología, ciencias políticas, derecho-, elegir uno o dos de sus mejores y más brillantes estudiantes, impartirles adiestramiento extra, especial en antropología y luego enviarlos al terreno, libre cada uno de seguir el interés de su propia investigación aunque obligado también a traer una apreciable cantidad de la cultura involucrada? Sus aportes hubieran sido incommensurables y unilaterales, desde luego; pero hubiéramos registrado un gran número de culturas agonizantes y hubiéramos tenido en cada

disciplina alguien que entendiera qué es una cultura y que hubiera sido capaz de emplear los hallazgos de antropología con una experiencia de primera mano.

Como se sabe ese sueño nunca se realizó. Desacuerdos interprofesionales terminaron en que nosotros fuimos juzgados depositarios científicos inadecuados para tan ingentes recursos. Mas hoy, casi treinta años después, a medida que de nuevo nos aproximamos al nivel de la adecuada financiación para la misma tarea, se debe decir tan verdaderamente como se dijo entonces: no somos suficientes en número. Nuestros efectivos se han triplicado, pero el crecimiento de nuevos métodos y las posibilidades de la tarea sobre el terreno han sobrepasado hoy ese aumento. Así, pues, parece apropiado considerar nuestro lugar entre las ciencias, los especiales materiales que desaparecen, los cuales son nuestra responsabilidad y esas particulares condiciones que pueden impedir o facilitar nuestra aptitud para aprovechar esta nueva oportunidad. Es importante asimismo advertir que los fondos disponibles para la investigación- sobre todo la investigación en cualquier campo particular- no continúan creciendo, intrínsecamente. En un mundo tan rápidamente cambiante, los años venideros pueden muy bien representar un punto crítico en la disponibilidad de recursos para las ciencias humanas.

Pienso que es justo aún tratar a la antropología como una ciencia de campaña, cuyos miembros trabajan con material recién extraído, estudian a los hablantes vivientes de lenguas vivas, excavan la tierra donde todavía los restos arqueológicos permanecen *in situ*, observan el comportamiento de los reales hermanos de las madres frente a los hijos de las hermanas, toman cuenta del folklore de labios de aquellos que escucharon los relatos de otros hombres, miden los cuerpos y extraen sangre de los individuos que viven en sus propias tierras, tierras a las que hemos viajado a fin de estudiar al pueblo. Aún no tenemos otro medio para formar un antropólogo que enviarlo sobre el terreno; este contacto con el material viviente es nuestra marca distintiva. En tanto el sociólogo trata, característicamente, con signos sobre el papel hechos por el censista o el interrogado que responde a un cuestionario, y

el psicólogo se ocupa de situaciones creadas artificialmente en el laboratorio, nosotros realizamos nuestras propias anotaciones sobre el papel a medida que escuchamos y aceptamos los hechos proporcionados por la historia antes que aquellos surgidos en el laboratorio.

Este enfoque tiene ciertas consecuencias. Encierra la voluntad para suspender el juicio, no hasta que se haya verificado una hipótesis, sino antes que hayamos formulado alguna hipótesis en absoluto. Encierra la voluntad de esperar lo que no puede aún ser formulado, aguardar por el material y rendirnos a lo que éste nos dice cuando lo encontramos. Los rígidos esquemas de referencia de control cultural, los compactos sistemas taxonómicos, los análogos incipientes de las tablas periódicas todos entumescen y distorsionan la necesaria libertad de nuestro enfoque. Además, la unicidad de nuestros materiales yace no en algún único y claro juego de medidas o un conjunto de marcas en la pluma de un ave recién observada sino en el sistema completo de relaciones de segundo y tercer orden dentro de los fenómenos con los que trabajamos. Porque la naturaleza de nuestro método también incluye meses y años de tarea concentrada lejos de otros científicos, mientras trabajamos- implicados durante veinticuatro horas por día en los detalles de una excavación, el lenguaje, la vida cotidiana de la aldea- la unicidad de cada sistema se nos revela no sólo en el nivel conceptual sino en cada uno de nuestros músculos y nervios. Así quizá no es sorprendente que la antropología sufra de una falta de crecimiento acumulativo ordenado de hipótesis liberadoras, pruebas, verificaciones, consolidaciones y tránsitos que caracterizan a las ciencias físicas y biológicas. En la década de 1920 la antropología americana podía ser considerada como una ciencia entre las ciencias, con su propio conjunto de conceptos, su propio ámbito, su propio sistema taxonómico, y un vínculo ordenado con las ciencias relacionadas de la fisiología, la psicología, la botánica, la geología, la paleontología, la biología, etc. Cuando la antropología fue agrupada junto con las ciencias biológicas dentro del National Research Council recién fundado, la tarea necesaria parecía estar colocada en un contexto científico claro. Cuando se creó el Social Science Research Council, nuestra inclusión sólo testi-

moni6 la amplitud de nuestro inter6s por el hombre, as6 como nuestra participaci6n en el American Council of Learned Societies dio evidencia de la intensidad de un humanismo que no consideraba todav6a a la ciencia como ajena a los m6s profundos valores del hombre. Puedo recordar la alegr6a de Boas cuando Kroeber fue electo miembro de la National Academy of Sciences

No estamos hoy en una posici6n tan clara. Somos muchos m6s y a los antrop6logos se les ofrecen muchas m6s clases de tareas. Empero, todav6a hay suficiente gente calificada para representar el papel que es peculiarmente el nuestro en la ayuda t6cnica, las relaciones internacionales, los procesos de integraci6n racial y cambios educacionales, el planeamiento y las transformaciones econ6micas que acompa1an a las nuevas tecnolog6as. Estas son actividades del especialista; ellas se multiplican en la demanda si no en su cumplimiento. Pero el n6cleo central de la teor6a dentro de la cual podemos comunicarnos con otras ciencias, y as6 en una forma ordenada con cada una, est6- aunque mucho mas rica- mucho m6s pobremente articulada que lo que estaba en 1920. El temor de la d6cada de 1920 seg6n el cual con la muerte de la vieja generaci6n la antropolog6a se desintegrar6a en especialidades separadas y aisladas no se cumpli6. El Seminario Internacional de Antropolog6a de Wenner Gren realizado en 1952 asegur6 que la antropolog6a no se disgregar6a, al menos en los Estados Unidos, y extender6a su posibilidad de mayor articulaci6n en otros pa6ses. Pero, a pesar de las actividades de algunos antrop6logos individuales el gran conjunto de mujeres y hombres llamados antrop6logos se relaciona muy pobremente con las otras ciencias. Como consecuencia, al eludir nuestra parte en el desarrollo general de la ciencia, nuestras propias relaciones se tornan triviales y rutinarias. La necesidad de manejar nuestro material en forma ordenada y codificada se ha expresado simb6licamente por la obsesi6n con el parentesco. La ruptura en la vieja admisi6n de un valor central colocado sobre el hombre ha devenido un estudio atom6stico de los valores. El 6mbito est6 lleno de sistemas crecientes de terminolog6a que son usados s6lo por sus creadores, cada sistema

tratado como producto único de la particular experiencia del antropólogo sobre el terreno.

A medida que nosotros somos mejor conocidos y estamos mejor establecidos, más estudiantes, aún no graduados, eligen la carrera de antropología. Donde sus predecesores entraron en la especialidad a partir de la biología marina, la óptica o la literatura inglesa, ellos ingresaron sólo con la preparación secundaria de conocimiento y experiencia de la ciencia natural y humanidades. Dentro de la antropología misma, ellos encuentran en muchos y variados casos cierta repugnancia para cruzar los límites de la disciplina, y más tarde- como los jóvenes científicos cristianos que descubren el prestigio de la medicina- son sustraídos del centro de la actividad. Yo entiendo que un trece por ciento de los antropólogos se hallan ahora trabajando en el campo de la salud mental, lo que a menudo significa que ellos no sólo buscan contacto con otras ciencias sino que al hacerlo así abandonan su propio campo a aquellos que no experimentan tal necesidad.

Hemos mostrado también otro signo de aislamiento del cuerpo principal de la ciencia en el desarrollo de las escuelas, sectas que dependen de un lenguaje esotérico, hostilidad a otras escuelas, lemas, vocabulario idiosincrásico y controversias que impiden efectivamente el contacto con los miembros de otras sectas dentro de la antropología y con miembros de otras ciencias. Necesito sólo señalar tales actividades como el continuo “redescubrimiento” de viejas ideas, por una parte, y los reproches contra quien se atreve a trepar en el evolucionario “coche de la banda” (“bandwagon”), enfoque que si es científico no representa un coche de la banda sino parte de lo que es probablemente la actividad corriente más significativa de nuestro tiempo. Parecería a veces, en el presente, como si el primer paso al escribir un artículo fuera registrar a aquellos que están dentro y fuera de la disciplina quienes podrían haber tenido algo que decir sobre su tema, excluirlos de sus propias fuentes, y luego proseguir. La ciencia no se constituye de este modo. Uno de los subproductos de tal enfoque ha sido el desarrollo de tres disciplinas paralelas- antropología, sociología y psicología- cada una obstaculizada en su manera peculiar en sus relaciones con las

otras ciencias y cada una reivindicando para sí, como su contenido gran parte del mismo material de las otras. La originalidad y los reclamos jurisdiccionales de cada ciencia son, desde luego, enérgicamente avasallados de intento por la persistente y mutua ignorancia de la tarea de unas y otras y por el fracaso de las tres en conservar la armónica comunicación con las distintas ciencias de la vida y los esquemas conceptuales y la instrumentación que ellas emplean.

Me gustaría elegir, para una breve mención, cinco áreas donde nuestro fracaso para obtener relaciones entre las disciplinas ha reactivado desfavorablemente sobre nuestra propia comunicación central entre nosotros mismos y sobre nuestra capacidad para un crecimiento ordenado.

La primer área es la de los modelos, que permite una comunicación rápida entre las ciencias con contenidos muy diferentes, unidades de distinta magnitud y exigen matemáticas distintas. La cibernética representa uno de esos modelos, dentro de la cual es posible discutir detalles del sistema nervioso central, o del comportamiento de una variedad de formas de vida en un medio ecológico, o de una madre destetando a su hijo. Los antropólogos participaron en las formulaciones iniciales y unos pocos de ellos han utilizado la familia de modelos surgidos de la teoría de la información y la comunicación; pero el empleo de tales modelos no ha penetrado la médula de la disciplina.

En segundo lugar tenemos el área del contenido. Existe una ciencia adyacente que se ha desarrollado enormemente durante las tres últimas décadas y ahora puede proporcionarnos una abigarrada y bien establecida información sobre la conducta de las criaturas vivientes que podría ser del mayor provecho para nuestros propios estudios. Esta es la disciplina llamada etología en Europa y el estudio comparativo de la conducta animal en los Estados Unidos. Aquí, el antropólogo y el etólogo, cada uno con su riqueza de detalle, pueden comunicar los términos concretos tan caros a ambos y no es necesario ningún modelo conceptual más allá de alguna familiaridad básica con la biología, si bien a menudo el antropólogo carece de ésta, de modo que el recitado para identificar los nombres zoológicos se convierte en un ritual se-

ductor o prohibitivo, que impide la comunicación en lugar de estimular.

En tercer término tenemos el área de la instrumentación. Puede muy correctamente argumentarse que el crecimiento de la ciencia ha sido una función del crecimiento de los instrumentos: el telescopio, el microscopio, la computadora, y para el estudio de las criaturas vivientes, la película cinematográfica y el registro de los sonidos. Sin embargo, aun cuando el del cine y la cinta grabada se ajustan a nuestra responsabilidad histórica para la preservación de las culturas agonizantes, los antropólogos han demostrado poco o ningún interés en ellos. Todavía enviamos a la mayoría de nuestros estudiantes al terreno equipados con cuadernos de apuntes, lápices, y también una cámara fotográfica con la esperanza de que quizá logren traer dos o tres cientos de fotografías ilustrativas. Esto es imperdonable cuando ahora poseemos equipo técnico adecuado para recoger cuerpos de material- en cine y grabación- que puede ser analizado con instrumentos cada vez más finos, técnica y conceptualmente, como en el análisis fílmico de Birdwhistell con el perceptoscopio, o el desarrollo de Chapple del Cronógrafo de Interacción. Amplias colecciones de ejemplos permiten tener un registro permanente de complejos que no pueden ser descritos en palabras o diagramas y que pueden, además, ser yuxtapuestos en la presentación.

Esto nos habilita para manejar series de acontecimientos diacrónicos complejos simultáneamente, necesidad recurrente en la ciencia. A la vez, estos registros de finos detalles nos proporcionan una nueva clase de material experimental; los acontecimientos que registramos son demasiado complejos para la repetición o la réplica, pero la situación analítica, con nuevos instrumentos de análisis, puede ser repetida tanto como lo deseemos, década tras década, a medida que crecen nuestros sistemas conceptuales. Si nos detenemos a pensar dónde estarían la astronomía y la biología si se hubiera considerado al telescopio y el microscopio de la manera despreocupada, inconsciente e irresponsable como los antropólogos han tratado la cámara y el grabador, la extraña y arcaica parálisis que se ha introducido en algunos aspectos de

Gracias por visitar este Libro Electrónico

Puedes leer la versión completa de este libro electrónico en diferentes formatos:

- HTML(Gratis / Disponible a todos los usuarios)
- PDF / TXT(Disponible a miembros V.I.P. Los miembros con una membresía básica pueden acceder hasta 5 libros electrónicos en formato PDF/TXT durante el mes.)
- Epub y Mobipocket (Exclusivos para miembros V.I.P.)

Para descargar este libro completo, tan solo seleccione el formato deseado, abajo:

